



Lo que la adolescencia nos enseña acerca de la angustia

Mariana Báncora

*si supieras escuchar
adentro mío el universo
crepitar*

*no soy muda
quedé atónita¹*

Susana Villalba

Las disrupciones de la adolescencia conllevan malestares que, de distintas maneras, se pronuncian. Sea por los gritos de sus desbordes, fantasías de muerte o desaparición, o bien por cierto amordazamiento que se manifiesta de las formas más insólitas. Se dice que la angustia es “muda”, pero la clínica con adolescentes puede enseñarnos a replantear esas afirmaciones y llevarnos a revisar algunas distinciones conceptuales. Lacan señalaba que “Lo que habla en el hombre llega mucho más allá de la palabra, hasta penetrar en sus sueños, en su ser y en su organismo mismo.”²

¿Cuál es la especificidad de esos de pasajes que se inician en la pubertad?

Los evidentes cambios en el cuerpo y el surgimiento de la sexualidad con características inéditas son oleadas difíciles de nadar. Irrupciones casi sin aviso que descolocan, todo a un ritmo muy distinto del que fluye en otras épocas de la vida.

La mirada del mundo se amplía y comienza a complejizarse en nuevas valoraciones, fuertes críticas y, a veces, una feroz autocrítica que aturde desde el superyó. La incomprensión de las costumbres más o menos incorporadas hasta ahora, y el sinsentido que los invade dan cuenta del rotundo cambio que la dimensión del Otro presenta. Entonces, Otro lenguaje, otro sujeto, más extrañamientos. Lo traumático se activa cargado de angustia. Este afecto, nos recuerda Lacan, “Está desarrumbado, va a la deriva. Lo encontramos desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero no está reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo amarran”³. Esto convoca nuestra atención de una manera distinta de cuando el decir discurre asociativamente con más bla-bla que inquietud. El tedio que escupen estos chicos y chicas como forma expresiva en este proceso cuenta algo más.

¹ Villalba, Susana (2022), “La piedra”, en *La bestia ser*, Buenos Aires, Hilos editora, pág. 95.

² Lacan, J. (1954), *Seminario I Los escritos técnicos de Freud*, clase 20, Buenos Aires, Paidós, pág. 378.

³ Lacan, J. (1962-1963), *Seminario 10 La angustia*, clase 1, Buenos Aires, Paidós, pág. 23.



“Mi familia me tiene harta, mis padres no me entienden y pretenden que sea de una forma que no quiero”, “Vomito casi todos los días”, “Me duele la panza cuando voy al colegio”, “No me interesa lo que hablan mis compañeros, no son como mis amigos de antes”, “Ni yo me soporto, no sé qué me pasa, pero no me gusta. Prefiero no existir”; son algunos de los enunciados que sobrevuelan las sesiones. En muchos casos, y con viento a favor, la sed identificatoria de este período facilita el refugio en los pares. De todas formas, del extrañamiento de sí mismo en esta coyuntura no hay escape, o las huidas no son infalibles.

En el Seminario sobre la angustia Lacan dice: “En este sujeto que somos, tal como aprendemos a manejarlo y a determinarlo, hay también todo un campo donde, de aquello que nos constituye, no sabemos nada.”⁴ Aquí se abre una paradoja que Colette Soler despliega en *Lo que queda de la infancia*, cuando se refiere a “Las raíces de origen”. Por un lado, retoma aquello que Freud había planteado en términos de fijación como ese primer tiempo de la niñez donde se viven las experiencias esenciales, y que Lacan reescribe como *fixión*, con “x” (evocando la diferencia entre ficción imaginizada y “fixé”, “fijado” en francés). Este “tiempo Uno” es el que sella esa primera vez de la infancia entre “1º) el encuentro con el discurso del Otro con mayúscula, lugar del lenguaje, y 2º) el encuentro con las experiencias de goce. Son los primeros enigmas, los primeros espantos, las primeras satisfacciones.”⁵ Sustrato de lo traumático originario que la primera experiencia de desvalimiento produce y cuyas marcas se dan a conocer en la adultez, o un poco antes...

¿Esto quiere decir que después de la infancia no hay nada nuevo, no hay sorpresas?, nos preguntamos con Soler. Si todo fuera simple reencuentro con ese objeto primordial, la repetición sería algo sin consecuencias. Pero la clínica nos confronta con otra cosa, porque ese reencuentro es con lo fallido del encuentro, “el sujeto no encuentra al Otro, sino lo que el lenguaje le deja en materia de *partenaire*.”⁶ De allí, la dificultad y también el desafío de situar algo del deseo a la luz de esos desencuentros, nuevas presencias pulsionales y una perspectiva con otra semiología. Esto es crucial en la adolescencia. Es llamativo los pocos o nulos recuerdos de infancia. Lo que surge con cierta frecuencia, son reminiscencias angustiosas relacionadas con situaciones de vergüenza, cambios familiares, aislamiento por alguna circunstancia (ej. pandemia), mudanzas, miedos, alguna consulta terapéutica desdibujada, etc. Estos jirones del pasado suelen ubicarse entre la latencia y la pubertad. No se relatan con nitidez o se guardan en

⁴ Lacan, J. (1962-1963), *Seminario 10 La angustia*, clase 5, Buenos Aires, Paidós, pág. 71.

⁵ Soler, C. (2012-2013), *Lo que queda de la infancia*, Buenos Aires, Letra Viva, pág. 43.

⁶ Soler, C. Op. cit., pág. 45.



un olvido más o menos apretado por la tendencia represiva. Se saltea un tiempo de comprender y quedan atrapados en un limbo temporal insoportable y opaco.

Se trata entonces de recuperar un tiempo que quedó arrasado por avatares y duelos pero que palpita en algún lugar con potencia parlante.

Me gusta una expresión de Paolo Virno (filósofo italiano), cuando habla de potencia en términos de *no-ya*:

“Esto que es potencial está, por definición, ausente, privado de una realidad propia, extraño al decurso cronológico. Quien dice ‘ahora’ dice acto. Ser en acto significa estar presente. Potencia y acto son conceptos temporales. Es más: son conceptos *temporalizantes*”.⁷

Freud advertía a su manera, en *Recordar, repetir, reelaborar*; la importancia de que se “escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado, en virtud de la cual se cumple el tránsito de aquella a esta. (...) Es preciso dar tiempo al enfermo para enfrascarse en la resistencia, no consabida por él; para reelaborarla, vencerla prosiguiendo en desafío a ella y obedeciendo a la regla analítica fundamental.”⁸ El despertar del analista es preciso para que el tiempo adolescente sea escuchado en su crepitar.

⁷ Virno, Paolo (2003). *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Paidós, pág. 10.

⁸ Freud, Sigmund. “Recordar, repetir, reelaborar” (1914), en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. XII, pp. 154-156.